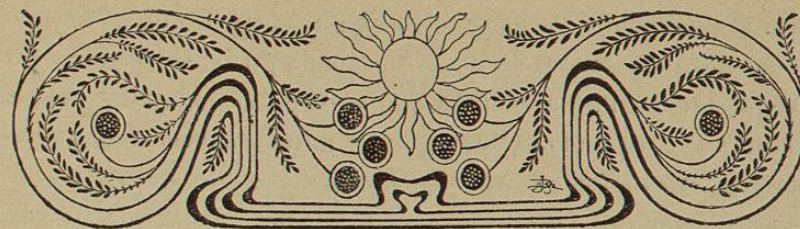


cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo. Y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno, pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos
5 carga y de más provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido^a y peor parado.

a. ...mal traido y peor. ARG., BENJ. — ...mal comido y peor. ARG.,



CAPÍTULO LVI

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña D.^{ra} Rodríguez

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho
5 Panza del gobierno que le dieron; y más, que aquel mismo día vino su mayordomo y les contó punto por punto casi todas^b las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos

*a. ...la dueña Rodriguez. BR., =
b. ...punto por punto todas casi las palabras. C., V., BAR., BR., TON., BOW.* Esta manifiesta errata *todas casi por casi todas*, ya ha visto el lector que hasta la primera edición de la Real Academia Española no fué corregida (nos referimos á las ediciones que cotejamos); pero

cabe decir que no fué en 1780 cuando por primera vez apareció la citada corrección, sino que figura ya en dos ediciones del *Don Quijote* anteriores á la primera de la Academia, y son las siguientes: Amberes (1719), Cornelio Verdussen, y Madrid (1730), Vinda de Blas de Villa-Nueva.

Línea 5. *No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron.* — Pues debieran haber quedado avergonzados de las bromas, harto pesadas, que maquinaban. Pero esos nobles que describe maravillosamente el novelista eran aquellos que deshonoraban los laureles ganados en la vega granadina por sus antecesores; eran los que vivían en medio de la ociosidad dorada, desbaratando la hacienda que habían adquirido de sus progenitores, llevando un lujo y un gasto excesivos y exorbitantes.

El distinguido cervantista D. Emilio Pi y Molist, en su celebrada obra *Primeros del «Don Quijote»* (pág. 82), escribe: «Con música de carcajadas se celebran á menudo los desatinos del loco; y sus posturas, sus alharacas, sus vociferaciones, sus impetus, ráfagas y bramidos de espantosa tormenta, son para

días, y, finalmente, les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Después desto, cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada; y, habiendo el Duque una y muy^a muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con D. Quijote para vencerle sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á D. Quijote que no permitía la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del Santo Concilio que prohíbe los tales desafíos, y no quisiese llevar

a. ...una y muchas. TON.

los ignorantes y hasta para gente ilustrada que se estima por discreta, tan gustosos como las chocarrerías de un bobo de entremés, ó las arlequinadas de un payaso de volatines. Pues ¿no se ven diariamente acudir á los manicomios personas de todas clases como á un espectáculo?... Y ¡reírse con los orates, siguiéndoles el humor, es poner leña al fuego de su delirio! ¡Oh! Si; que el loco empieza á volvérselo él, pero los demás, por semejante camino, le rematan. Es la locura un vaso en el que cada cual parece querer echar una gota para que rebose. ¡Á cuántos cuerdos indiscretos y torpes, mostrándoles al orate abatido, ya bajo la pesadumbre del mayor infortunio, no pudiera acriminarse diciéndoles acerbamente: « todos en él pusisteis vuestras manos! »

6. ...ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas. — Bastús, que en sus *Nuevas anotaciones al « Don Quijote »* tiene comentarios que ilustran admirablemente algunos pasajes de la inmortal novela de Cervantes, dice que el combate de la lanza á caballo era donde los paladines demostraban fuerza y agilidad. Las lanzas solían hacerse de madera ligera y flexible, como el fresno, olmo, etc., y « se introdujo añadir en ellas una banderola, que en su origen no fué más que una cinta ó velo que las damas regalaban á los caballeros antes de partir á la guerra, ó de entrar en un torneo para que les sirviese de divisa, y al mismo tiempo como una recompensa de su amor y valor ».

Señala el novelista que el Duque ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, y éste es quizá el único acto en que aparece el humanitarismo de aquellos ociosos magnates, ya que hasta ahora no reparaban en las consecuencias que podían acarrear las burlas por ellos pensadas. Pero ¿es que no pudo temer á la Iglesia y á sus reyes, por cuanto éstos y aquella habían decretado penas en contra de tales lances, torneos y desafíos?

10. ...puesto que iba contra el decreto del Santo Concilio que prohíbe los tales desafíos. — Alude al Concilio de Trento (sesión XXV, cap. 19), en el que se decretó lo siguiente: « Queden excomulgados por el mismo hecho, el Emperador, los Reyes, los Duques, Príncipes, Marqueses, Condes y señores temporales de cualquier nombre que sean, que concedieren en sus tierras campo para desafío entre cristianos; y tenganse por privados de la jurisdicción y dominio de aquella ciudad, castillo ó lugar que obtengan de la iglesia, en que ó junto al que permitieren se pelee, y cumpla el desafío; y si fueren feu-

por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado, pues, el temeroso día, y habiendo^a mandado el Duque que delante^b de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso donde estuviesen los jueces^c del campo y las dueñas, madre y^d hija, demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra^e tal no^f habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué

a. ...el temeroso día, aviendo primero mandado. TON. — b. ...que dentro de la. ARG. — c. ...jueces de campo. GASP. —

d. ...madre é hija. GASP., MAT., FK. — e. ...nunca tal. V. 3, BAR. — f. ...tal avian. BR. 2, TON.

dos, recaigan inmediatamente en los señores directos. Los que entraren en el desafío, y los que se llaman sus padrinos, incurran en la pena de excomunion y de la pérdida de todos sus bienes, y en la de infamia perpetua y deban ser castigados según los sagrados cánones como homicidas; y si muriesen en el mismo desafío, carezcan perpetuamente de sepultura eclesiástica. Las personas también que dieren consejo en la causa del desafío, tanto sobre el derecho, como sobre el hecho, ó persuadiesen alguno á él, por cualquier motivo ó razón, así como los espectadores, queden excomulgados, y en perpetua maldición; sin que obste privilegio ninguno ó mala costumbre, aunque sea inmemorial.»

Véase también la eruditísima nota que referente al desafío publicó el Dr. Cortejón comentando un pasaje del cap. 35 de esta segunda parte (t. V, pág. 128).

5. ...se hiciese un espacioso cadalso. — Era costumbre, en las fiestas caballerescas, levantar cadalsos ó tribunas para que los jueces y demás personas de elevada alcurnia ó distinción pudiesen presenciar holgadamente el hecho de armas que se celebraba:

« En este tiempo fue levada Helena, la hija del rey a la plaza, do estaua ordenado el torneo, acompañada de docientas damas vestidas de brocado, e la subieron en un *cadahalso* todo cubierto de terciopelo cremesi e en medio del *cadahalso* estaua un rico pauallon de cremesi raso e el cielo de terciopelo azul... E despues de assentada Helena, se assentaron las damas en el *cadahalso*, cada una en su grado, e luego subieron quatro juezes deputados para que juzgassen quien leuaua lo mejor del torneo. » (*Oliveros de Castilla y Artás de Algarbe*, cap. 23.)

10. ...en el campo y estacada. — Un desafío, torneo ó justa debía llamar la atención y entusiasmo de las gentes, por cuanto existía el aliciente de ser al aire libre, de poder ver la destreza y habilidad de los paladines ó combatientes, y el interés que siempre se tenía en favor de uno ú otro caballero, ó bien de este ó aquel bando.

En las justas la lucha era individual: no así en los torneos, ya que en éstos los combatientes se presentaban en pelotón. Anunciábanse unos y

el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó

otros, anticipadamente, con el propósito de que asistiesen caballeros de otras regiones. La vispera del torneo, los heraldos, al son de trompetas, atabales y añafles, leían el cartel, y los escuderos probaban las armas. En las puertas ó á la entrada del palenque exponíanse los escudos de armas de los que debían luchar. «El lugar del combate era un vasto circuito ó tela magnífica, circunvalado con una pared ó con cuerdas cubiertas con tapices, ó lo que era más común con dos órdenes de barreras á seis palmos de distancia la una de la otra. Colocábanse á un lado los ministriles para tocar ciertas fanfarrias ó sonatas marciales al llegar los torneantes; los criados ó pajes de los caballeros se situaban igualmente en ellos para retirar á sus amos, cuando caían de caballo, y los heraldos y reyes de armas para observar á los combatientes, mantener el orden, juzgar de los golpes que se daban y recibían, dar auxilio, avisar ó de otra manera asistir á los que tenían necesidad de ellos... El palenque solía tener dos entradas opuestas, las cuales se abrían en el momento de hacer en él la entrada los torneantes. En cada una de ellas se situaban dos heraldos ó reyes de armas acompañados de algunas trompetas y unos cuantos prosevantes ó donceles, y otras veces también un piquete de tropa para recibir á los caballeros y mantener el buen orden.» Algunas tiendas, situadas en campo anexo al palenque, servían para los caballeros mantenedores ó aventureros, para depósito de armas, etc. En tribunas colocábanse los jueces, príncipes, nobles, señores, damas, etc.; y el pueblo ocupaba la parte exterior, casi enfrente de los cadalsos que se levantaban para la gente principal. Al son de trompetas y atambores entraban los caballeros, elegantemente ataviados, acompañados de su séquito y algunas veces conducidos por doncellas. (Véase *Tirant lo Blanch*.) El maestro de ceremonias, ó juez del campo, examinaba las armas que debían usar los combatientes, señalándolas para que no fuesen cambiadas; examinaba el terreno, colocaba á los luchadores en el sitio que á cada uno se le había señalado.

En el *Doctrinal de Caballeros*, de D. Alonso de Cartagena; en el famoso y casi desconocido folleto *Sumari de Batalla á Ultransa*, de Ferrer; en *Lo cavaller*, de Menagueria, y en infinidad de libros caballerescos; hallará el lector descripciones de esas fiestas, ricas en color y en fantasía. Y, para que se vea lo que era el campo cerrado, palenque, liza ó estacada, trasladamos aquí la detallada descripción que se lee en el tantas veces citado *Libro del Passo honroso defendido por el excelente caballero Suero de Quiñones*:

«VIII. — La qual letra rescibida por el Rey de armas Leon de la mano del virtuoso Caballero Suero de Quiñones firmada de su nombre é sellada con sus armas, é rescibido lo necessario para las expensas de tan largas jornadas, prometió de la llevar por las Cortes de los Reyes, é faserla leer publicamente, segund que para llegar á efecto fuesse mas complídero. Prometió también, que con otros farautes, que para ello escogido avia, faria la mesma publicacion por otras partes. E avia dende el dia en que la licencia se otorgó seis meses fasta el tiempo de la guarda del Passo ó algo mas: en el qual tiempo se fizo la divulgacion por toda la christiandad, que andar se podia. E también el dicho Suero de Quiñones se dió por este tiempo á buscar armas é caballos, é las demas cosas necessarias para tan importante empresa. En quanto él estuvo tratando desto en la villa de Valladolid, envió á cortar mucha madera, para faser cadahalsos, liza é sala: é los maestros fueron á la cortar á los montes de los Concejos de Luna, é de Ordas é Valdellamas, lugares del Señorío del famoso é generoso Caballero Diego Fernandez de Quiño-

todo por que en él no hubiese algún engaño, ni cosa encubierta

a. ...ni otra cosa. A., PELL.

nes padre del dicho Suero de Quiñones, que son á cinco leguas lo mas cercano de la puente de Orbigo. E anduvieron muchos maestros é trabajadores en la dicha labor con trecientos carros de bueyes, segund la cuenta de Pero Vivas de Laguna Escribano señalado, para lo rescibir en el lugar del Passo. Junto al camino Frances estaba una graciosa floresta, por medio de la qual armaron los maestros una gran liza de madera, que tenia ciento é quarenta é seis passos en largo, é en altura fasta una lanza de armas: é por medio de la liza estaba fecho un rinclo de maderos fincados en tierra de un estado en alto, é por encima dellos otro rinclo de maderos á manera de verjas, como se fassen los corredores, é estaba á lo luengo de la tela, por donde iban los caballos. En derredor de la liza fisciéron siete cadahalsos: é el uno estaba en el un cabo cerca de la puerta de la liza, por donde entraba Suero de Quiñones é sus compañeros, para que dende él mirassen las justas, quando ellos non fustaban. Adelante estaban otros dos cadahalsos uno enfrente de otro, é la liza en medio, dende los quales mirassen los Caballeros estrangeros, que viniessen á faser armas, assi antes de las faser, como despues de fechas. Otros dos cadahalsos estaban en medio de la liza uno enfrente de otro: é el uno era para los Jueces, é para el Rey de armas, é farautes, é trompetas é Escribanos: é el otro para los generosos, famosos honrados Caballeros, que viniessen á honrar el Honrado Passo. Los otros dos cadahalsos estaban mas adelante para otras gentes, é para los trompetas é oficiales de los Caballeros é Gentiles-omes, que al Passo viniessen. A cada punta de la liza avia una puerta: é por la una entraban los defensores del Passo: é allí estaban las armas ó escudo de los Quiñones puesto en su vandra levantada en alto; é por la otra entraban los aventureros, que venian á se probar de armas: é también allí estaba enarrollada otra vandra con las armas de Suero de Quiñones.

IX. — Allende lo dicho se fizo un faraute de marmol, obra de Nicolao Frances maestre de las obras de Sancta Maria de la Regla de Leon: é le assentaron sobre un marmol, bien ederezado de vestidos é de sombreros, puesta la mano siniestra en el costado, é tendida la mano derecha facia do iba el camino Frances: en la qual estaban unas letras que descian: *Por ay van al Passo*. Fue puesto este faraute de piedra allende la puente, que discen de Sanct Marcos de la cibdad de Leon, en el camino Frances, arredrado quanto sesenta passos de la puente: é fue acabado de poner allí con assaz de costa sabado á diez de Julio, que fue el primero dia de las justas. En el mesmo sabado fueron armadas veinte é dos tiendas en aquel campo junto al Passo: de las quales las dos eran grandes, é estaban plantadas cabe la puerta de la liza por donde entraban los aventureros; porque se armassen en ellas: e en las demas posassen, assi los aventureros, como los mantenedores é los demas que á ver las justas viniessen: con todos los oficiales necessarios, como Reyes de armas, farautes, trompetas, é otros menestriles, escribanos, armeros, ferros, cirujanos, medicos, carpinteros, é lanceros, que enastassen las lanzas, sastres, é bordadores é otros de otras facciones. Otrosi, en medio de las tiendas fisciéron una sala de madera bien ordenada, fecha de verjas de treinta passos en largo é diez de ancho, toda colgada de ricos paños Franceses, é en ella pusieron dos mesas: la una para Suero de Quiñones é para los Caballeros, que venian á justar: é la otra para los demas principales Caballeros, que concurrieron á honrar é ver las justas: é en la frontera de la sala estaba un

donde se tropezase y cayese. Luego entraron las dueñas, y se sen-

grande é rico aparador: é cabe la sala corria uno de los rios, que la floresta cercaban. Muchos grandes señores concurrieron á estas fiestas por las honrar, é á todos aposentó Suero de Quiñones honradamente en algunos lugares cercanos al Passo, que eran de su padre: É sin los nobles fue mucha la gente comun, que concurrió, á gozar de tan señaladas caballerias.»

Y en la *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, de Sandoval (1), se menciona el desafío llevado á cabo entre D. Pedro de Torrellas y D. Jerónimo Ansa, quienes pidieron «que conforme á los fueros de Aragon y leyes antiguas de Castilla, su Magestad les diese licencia para pelear y les señalase el campo y armas para ello. El Emperador lo remitió al Condestable de Castilla, porque á él como Capitan del Reyno y Justicia mayor en las cosas de armas, le tocaba esto. Procuró el Condestable apartarlos desta contienda, mas nada bastó. Y porque conforme á las leyes del Reyno no se les podia negar el campo, señaloles que fuese la pelea en la plaza de Valladolid. Otros dicen que en un campo junto á San Pablo. Y á veinte y nueve de Diciembre deste año (1522) hicieron una estacada en la plaza de cincuenta pasos en largo y treinta y seis en ancho. Estaban las estacas espesas y trabadas, cinco pies levantadas de la tierra. Y en otro orden de estacas que habian, estaban seis. Y entre estos dos ordenes de estacas habia un espacio de diez y ocho pies, y en medio se hacia una plazuela como una era. Y en ella estaban dos tabladillos, uno en frente de otro, que cogian la plazuela en medio. En uno destos tablados ricamente adornado con paños de oro y seda, estaba una muy rica silla, y su alhombra de seda y oro, y sobre la silla un dosel de brocado. La una era para el Emperador, la otra para el Condestable. A los otros dos lados como en cruz estaban dos tabladillos, ó tronos, uno en frente de otro, adornados, pero no tan ricos como los otros dos. Estos eran para los parientes y amigos de los que habian de pelear. Á los lados destos dos tronos ó tablados estaban á cada uno una tienda, en la cual se habia de armar el Caballero de la batalla. La plaza y campo de la pelea estaba muy bien empedrado y cubierto de arena para que no resvalasen. Habianles señalado la hora de las once para la pelea. El primero que vino fue el Emperador, y se puso en el trono. Dieronle en la mano una vara de oro, para que cuando su Magestad quisiese que se acabase la pelea, la arrojase en la plaza. Iban delante del Emperador los Caballeros de su casa, y Grandes de la Corte, y Embajadores de Principes, con todos los de su guarda. Detras iban los trompetas y añafles y atambores de guerra. De ay á poco vino el Condestable, cuyas canas autorizaban mucho su persona, porque ya era de mas de sesenta años, si bien de entera salud y brio, y de tan buen talle que mostraba bien quien era. Traya vestida una ropa larga de tela de oro, sobre un hermoso caballo español ricamente enjaezado. Acompañabanle cuarenta Caballeros nobles vestidos de la misma manera, á pie delante de su caballo, vestidos todos de paños negros de seda, y los caballos con cubiertas de sarga de color de azul oscuro. Llevaban delante del Condestable, como de Capitan general del Reyno, y Justicia mayor, una espada metida en la vayna porque estaba el Rey presente. Luego seguía al que llevaba la espada el Heraldo ó Rey de armas, con la cota de armas vestida, de la casa de los Velascos, que esto se tomó en España de las costumbres y usos antiguos de los Romanos en semejantes desafíos y empresas de armas. Como llegó el Condestable á la plaza, en llegando al trono don-

(1) Primera parte, lib. XI, pág. 567, § IX. — Pamplona, 1634.

taron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos

de el Emperador estaba, le hizo una gran reverencia, y hecha se volvió al trono, ó sitial, que para él estaba aparejado, y sentose en la silla. La guarda toda del Emperador de á pie y de á caballo, cercaron la empalizada, sin dejar llegar á alguno. Luego salió D. Pedro de Torrellas el desafiador, acompañado de su Rey de armas. Era su padrino el Almirante de Castilla. Acompañabanle el Duque de Bejar, el Duque de Alburquerque y otros muchos varones ilustres. Iba vestido corto de oro y seda, aforrado en martas. Llevaban delante dél una hacha de armas con un estoque y rodela, en que iban pintadas las armas, y las demas armas con que habia de pelear. Traya fijada en la rodela un cartel en que estaban escriptas las condiciones del duelo. Pusose ante el Emperador, y hecha la reverencia volvió adonde estaba el Condestable, y hizo le su acatamiento, y con esto se fue á su tienda.

Luego entró en la plaza Geronimo de Ansa el desafiado por Torrellas, vestido de la misma manera, sino que el aforro de los vestidos era de arniños. Acompañabale su Heraldo ó Rey de Armas. Llevó por padrino al Marques de Brandemburg. Acompañabanle el Duque de Najara y el Duque de Alba y el Conde de Benabente, el Marques de Aguilar y otros muchos grandes Caballeros. Llevaban delante de las armas y insignias de su casa (como dije) de Torrellas. Hecha la reverencia al Emperador y el acatamiento al Condestable, se fue á su tienda. Trajeron luego las armas, y escudos, y insignias militares, con que habian de pelear, y colgaronlas ante el Condestable. Luego llamó el Condestable á los dos Caballeros combatientes, y teniendo un sacerdote el Misal en las manos, juraron sobre él á Dios y á los Santos Evangelios, y en la que tocaron, que entraban en aquella pelea por la defensa de su honra, y que era justa la causa que les movia, y no otra cosa, y que no harian mala guerra peleando con fraude, ni se aprovecharian de hechizos, ni otra mala arte, ni de yerbas, ni de piedras, sino que pelearian lisa y llanamente con aquellas armas, aprovechandose de sus fuerzas y destreza de sus cuerpos, esperando el favor de Dios, de San Jorge y de Santa Maria, en quien confiaban que habian de mirar por su justicia. Luego cada uno de los padrinos trajo en una arca cerradas las armas ante el Condestable.

El Condestable las miró, y mandó pesar, asi las espadas y hachas de armas, como los arneses, y celadas que se habian de poner. Luego las mandó poner en un peso, porque no habian de pesar las unas mas que las otras, ni podian tener menos de sesenta libras las armas de entrambos. Y hecho esto, llevaron á cada Caballero sus armas. Y luego fue á cada una de las partes un Caballero á ver como cada qual se armaba, porque estuviese cada uno seguro, que no se ponía mas de las que el juez habia dado. El Caballero que iba á requerir y mirar las armas, era del vando contrario. Hecho esto bajó el Condestable de su silla á la plaza, y con mucha autoridad mandó poner en orden todas las cosas. Luego acompañado con doce Caballeros se puso en un angulo de la plaza, frontero de donde él estaba. En cada uno de los otros dos angulos puso cada tres Caballeros. Luego tocaron las trompetas, y el pregonero mayor del Emperador, puesto en cada uno de los cantones de la plaza, pregonó diciendo: Manda el Rey, y su Condestable, que mientras aquellos Caballeros pelearen, ninguno so pena de la vida levante ruido, ni dé animo á los contendientes con palabra ó voz, ni movimiento, ni silbo, ni señal con la cabeza, ó mano, ó con algun semblante del cuerpo, ó en otra qualquier manera ayude ó espante, anime ó desanime, ó distraiga, ó le encienda en colera, ó le haga tomar, ó dejar las armas, salvo aquellos que para esto son señalados. Dados

y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento.

los pregones, salió Torrellas de su tienda armado de todas armas, y acompañado de su padrino. Traya en la mano una hacha de armas antiguas, y á su lado ceñida la espada. Preguntóle el Condestable: ¿Quién sois Caballero? ¿y por qué causa habeis entrado armado en esta plaza? Respondió quien era, y dijo la causa de su contienda, que queria determinar por armas. Mandóle el Condestable levantar la celada, y descubrir el rostro, y conocido lo admitió. Volvió á calar la celada, y mandóle poner en una parte de la plaza, donde los tres Caballeros que estaban en guarda, le tomaron en medio. Luego fue el Condestable á la parte donde estaban los doce Caballeros, y sentose entre ellos.

Salió Don Geronimo de Ansa de su tienda de la manera que su contrario, armado, y acompañado, y fue donde estaba el Condestable, y lo recibió, y usó con él de las mismas ceremonias que habia hecho con Torrellas, y le mandó poner en la otra parte de la plaza, frontero de su contrario entre los otros tres Caballeros, que allí estaban. Luego se fue el Condestable á su tablado y sentose en la silla. De ay á poco volvió á sonar la trompeta, y los Caballeros que habian de pelear, y los padrinos con ellos se hincaron de rodillas, y hicieron oracion á Dios implorando su ayuda: y hecha los padrinos abrazaron cada uno á su Caballero, dándole animo para que pelease como quien era, y despidiéndose dellos se volvieron á las tiendas. Tocaron la trompeta, que era ya la señal de la pelea, y el Torrellas comenzó á caminar para su contrario animosamente. Arrancó tambien con buen semblante Ansa, si bien con paso mas sosegado. Como se juntaron á los primeros golpes hirió Torrellas á Ansa tan reciamente en la cabeza, que le hizo volver algo atras aturcido. Volvió Ansa sobre si y recudió sobre Torrellas con otros golpes semejantes. Pelearon desta manera animosamente un buen rato, y abrazandose, ó asiendose el uno del otro se dieron á mantener grandes golpes. Quebradas las hachas comenzaron á luchar á brazo partido. Y viendo el Emperador quan buenos y valerosos Caballeros eran, y que era lastima que ambos, ó el uno muriese en batalla tan sin fruto, pareciendole que los Caballeros habian hecho su deber, volviendo por la reputacion de su honra, arrojó la vara dorada, que en la mano tenia, en medio de la plaza, en señal de que su Magestad queria que cesase la pelea.

Al punto acudieron treinta Caballeros que guardaban la plaza, y los apartaron, si bien con dificultad, porque el uno contra el otro estaban encarnecidos, y con deseo de matarse, y comenzaron á dar voces, y á porfiar, y queriendo cada uno para sí la honra y la vitoria. El Emperador determinó la causa, juzgando que ambos Caballeros habian peleado muy bien, y satisfecho á su reputacion y honra, y que ninguno habia vencido al otro.

Con esto el Condestable bajó á la plaza y tomó con mucha reverencia la vara dorada que estaba en tierra, besandola, y poniendola sobre su cabeza, hincandose de rodillas ante el Emperador, y besandole la mano le dió la vara. Mandóle el Emperador que hiciese amigos aquellos dos Caballeros, y se lo mandase de su parte, que ambos habian peleado valerosamente, y hecho su deber como tales, y ansi los estimaba y tendria siempre por valientes y esforzados Caballeros, y queria que de allí adelante fuesen muy buenos y verdaderos amigos; que mejor era que sus fuerzas y armas las executasen en enemigos de la Fe, donde se ganaria tanta honra, y seria la pelea con mas seguridad de las conciencias. Estuvieron tan duros los Caballeros en no querer hacer lo que el Emperador les mandaba, sino porfiar que habian de acabar la pelea.

Presente^a D. Quijote en la estacada, de allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande^b lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo; de cada 5
mano y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del Duque, su señor, de cómo se habia de portar con el valeroso D. Quijote de la Mancha, advertido que en

a. ...sentimiento. Presentose Don. Ton. = b. ...el gascon lacayo. ARG.

que enfadado el Condestable los echó de la plaza, saliendo cada uno por la puerta que habia entrado, y les puso grandes penas, si tomasen las armas el uno contra el otro. El Emperador enfadado de su dureza y mal miramiento, los puso en sendas fortalezas, donde estuvieron muchos días presos, hasta que cansados de la prision...

1. *Presente D. Quijote en la estacada.* — La defectuosa puntuación que se ve en la *editio princeps*, y puede decirse en todas las impresas hasta hoy, es causa de que el pasaje carezca de la debida claridad. Tonson, comprendiéndolo así, puso punto después de la palabra *sentimiento*, y corrigió: «Presentose D. Quijote en la estacada. De allí á poco», corrección, á nuestro entender, acertada, pero innecesaria, puesto que bastaba con puntuarle tal como se ha hecho en la presente edición.

6. *Venia el valeroso combatiente... de cómo se habia de portar.* — Como mera curiosidad bibliográfica, trasladamos aqui algunos párrafos del curiosísimo folleto, existente en la Biblioteca Real, intitulado *Lo cavaller*, reproducido en facsimil por el Sr. Sancho Rayón (1), y más tarde publicado en el *Recull de textos catalans antics* (2).

«*Scola de Junyidor.* — En la scola de junyidor que es practica. Art es lo mestre: Enteniment. Disposicio E natural inclinacio son los dexebles per que sens companyia d'aquests es impossible al caualler exir destre famos de tal estudi. Venint donchs lo caualler per dar liço als miradors volent mostrar lo que natura y fortuna li mostren deu exir al rench de aquesta manera. — Precehixquen trompetes atauals tamborins e ministres. Segueixquen ben atuiades persones de honor seruidors o patges que porten les lançes. Apres ben acompanyat de canal y de peu arremeta lo caualler junyidor per alguna part que prompte aparexient de les gents a la vista done delit e admiració la gentileza e disposicio de la sua pomposa bellea. Volte ab temps y mesura guardantse de tocar al rench del cap del cauall d'anques ni en altre manera. Nos oblide portar guarnicio ben consertada o paraments chapats brocats o de seda lo mes rich y pompos que li sia possible. Les armes netes febrides ben guarnides dor y de seda. Lo escut brodat o pintat de alta y galan inuencio. Vaja cenyit per lo mig a la usança y sobre tot bella cimera la letra de la qual si sera ben acertada en moltes parts escrita la done en lo primer arremetre a

(1) Hiciéronse solamente 30 ejemplares.

(2) Edición de 200 ejemplares, hecha en Barcelona. LA ACADÉMICA, 1906.

ninguna manera le matase, sino que procurase huir el ^a primer encuentro por excusar el peligro de su ^b muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y, llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo
5 le pedía. Llamó el maese de campo á D. Quijote (que ya se había presentado en la plaza), y, junto con Tosilos, habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho D. Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban ^c por bien hecho, por firme y por valedero. Ya
10 en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de

a. ...huir del. Riv., FK. — b. ...de la muerte. ARG., — c. ...lo dan, BR.,

les gents que saber la declaració de les inuencions naturalment desigen. E axi batent la guarda per son orde faça per lo rench la acostumbrada volta. E per que's conegua ser gran caualler de la sella de la guisa porte lo coro ert e algun poch pando lo braç dret no deixi anar penjant mes porte la ma posada del escut sobre la mossa e alguna vegada sobre lo fals d' la correja. Les comes dretes exint del coro per son endret no lançant les per auant ni corues per atras mes ertes y molt acostades al ventre del cauall. Los peus seguits punta e talo per vn equal. Los esperons mirant a hon se deu batre. Al cap del rench no estiga fluix abandonat. Ne li cayga la lança de la ma dreta la porte en la bossa acostada enves lo elm. La ma alta prop la roda. Lo colçe vbert e al traure la lança de la bossa cale la ma prop los gocets sia lo metre alt e sens galtada no donant dauall lo rest. Parteixca ab tento no arrebatat, car dels esperons lo cauall nos deu molt batre. Corrent ab lança en rest cale poch a poch porque no face calades, ni toque de pla en lo rench ni de punta de billeta hi encuentre. Portant la lança en lo rest no vaja vberta mas sobre lo rench mirant al muscle dret del altre girantse algun poch al encuentre, no ature lo cauall ans del encuentre, ni cride dauall lo elm mas apres de hauer encontrat alce la lança y escorrega la ma fins a la roda, dexant per espatles aquella sobre lo rench als seruidors de peu que la prenguen. E apres passejant reposadament al cap del rench se ature.»

5. ...el maese de campo. — Cervantes indicó con este nombre al juez del campo, esto es, el maestro de las ceremonias, que había dicho anteriormente. Ciertamente que en la milicia *maese de campo* era lo que indica Clemencín «el oficial superior que mandaba cierto número de tropas»; pero no aseguráramos que *maese de campo* no fuese el *juez del campo*, por cuanto en nuestros apuntes, tomados de libros caballerescos, aparece uno que dice así: «...e el cauallero dixo al *maese de campo*: Señor, muerto soy, e uno de los jueces començo de llorar» (1). Faltando á este texto el título de la obra de donde se tomó la anterior cita, y no siendo de nuestra propiedad muchos de los libros andantescos que hemos leído, no nos es dable puntualizar á qué crónica ó historia pertenece; pero afirmar que nunca se dijo *maese de campo* al maestro de ceremonias, es cosa que no lo haríamos nosotros.

(1) Lib. I, cap. 27.

infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condición de los combatientes que, si D. Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de D.^a Rodríguez, y, si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía,
5 sin dar otra satisfacción alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas;

1. ...el riguroso trance nunca visto. — Ciertamente que debía despertar la curiosidad de aquellas gentes la batalla entre D. Quijote y el burlador de la hija de D.^a Rodríguez, y aun, antes, el ver levantar el cadalso para la fiesta y el ensayarse nuestro hidalgo. En Zaragoza no habría causado tanto interés, y menos en Barcelona. Vea el lector algunos de los torneos celebrados en la ciudad de los Condes durante el año de 1605:

9 de Enero: «Dit die a la tarda hague torneig al carrer Ample, empero los Consellers noy anaren»; 50 de Enero y 22 de Abril: lo hubo en el Borne; el 24 de Abril celebróse también idéntica fiesta, así como el 7 de Junio.

5. Partióles... el sol. — En los desafíos y torneos, *partir el sol* es «colocar los combatientes ó señalarles el campo, de modo que la luz del sol les sirviese igualmente, sin que pudiese ninguno tener ventaja en ella».

«...los jueces le metieron dentro de la palizada al caballero negro y á Targiana, que Albiazar lo pidió así, y despues de *les partir el sol*, poniendo cada uno los ojos en lo que mas les ponía la voluntad.» (*Palmerin de Inglaterra*, lib. I, cap. 89.)

«Como fueron metidos en el campo, los jueces *partieron el sol* y al son de una trompeta, como ya estuviessen aparejados, abrazados sus escudos.» (*Palmerin de Inglaterra*, lib. I, cap. 94.)

«Con trompetas y atabales — con estruendo y gallardia,
Parten el sol los jueces, — cada cual tomó su vía,
Arremeten los caballos, — gran encuentro se hacia.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 1228.)

«Para hacer la batalla — jueces le han señalado,
Partenles el campo y sol — porque nadie esté agraviado.»

(*Primavera y flor de romances*, n.º 14.)

7. Sonaron los atambores. — Esa escena tan vivida y real, ese cuadro de la época caballeresca, ¡cuántas y cuántas veces no lo habría visto la fantasía de Cervantes leyendo aquellos libros que se propuso ridiculizar! Los torneos y desafíos se multiplican en la novela de la Edad Media; no hay crónica andantesca en donde no aparezcan, más ó menos detallados, esos lances de armas; y no es de extrañar que quien era profundo conocedor de esa rama de la literatura no omita detalle, citando la entrada del maese del campo en la estacada, el cadalso para los jueces, la llegada de los combatientes, el partir el campo, y los atambores y trompetas, instrumentos obligados en esta clase de fiestas.

«Pasados ocho dias despues de la venida del emperador Trineo á Inglaterra, fueron armados en aquellos campos donde los torneos se solian hacer grandes cadahalsos, para que de ahí se pudiese ver. Llegado el domingo en que determinaban hacer sus fiestas, toda la cibdad amaneció revuelta en